

«Mi sueño es ver un colectivo traductor orgulloso, digno, respetuoso de su función social y en constante crecimiento; o sea, contra la corriente»

La traductora pública Liliana Bernardita Mariotto cuenta en esta entrevista cómo se formó y se inició en la vida profesional, su relación con el idioma inglés, su papel en el CTPCBA, sus consejos a los noveles. También nos detalla cómo es el contexto familiar y personal que sostiene su intensa actividad.

| Entrevista a **Liliana Bernardita Mariotto**, secretaria de Actas y Matrícula del Consejo Directivo |

Usted es traductora pública de Inglés, ¿cuándo nació el interés por esta lengua?

El interés por este idioma nació sin que me lo propusiera: mi mamá era profesora de Inglés y a mi hermano y a mí nos crió bilingües. Yo hablaba inglés con más claridad y mejor pronunciación que castellano antes del jardín de infantes. Mi madre siempre cuenta que yo decía *Take your shoes* con una pronunciación correcta, pero en castellano decía «Agará lo pazato». Anécdotas como esa he escuchado muchísimas. Cuando me llevaba a dormir, me contaba un cuento en inglés y después de un tiempo me pedía que yo se lo contara, y así fui aprendiendo, escuchando y repitiendo. Después empecé a integrarme a sus grupos de alumnos y a los ocho años empecé a rendir exámenes en Cambridge y la Cultural Inglesa, hasta terminar en los dos institutos a los catorce años.



¿Cuándo vislumbró que la traducción era su vocación?

Cuando era muy chica; podría decir que los recuerdos de mis primeras traducciones se remontan a los ocho o nueve años, cuando traducí al inglés el editorial de la revista *Vosotras*. Creo que ni entendía el contenido y, supongo, no traducí bien, pero hacerlo me apasionaba.

¿Dónde estudió el traductorado? ¿Qué recuerdos guarda de esa época?

En la USAL el primer año y después me fui a la UBA, a Derecho. Eran épocas duras porque las materias de idiomas eran cuatro —Lengua I-IV— y estaba todo metido ahí: gramática, traducción, lengua castellana y extranjera, y derecho; todo integrado, pero aprendíamos muchísimo. Era muy exigente. Cada final era tremendo, interminable. La época de facultad me gustó mucho a pesar

>> «Mi sueño es ver un colectivo traductor orgulloso, digno, respetuoso de su función social y en constante crecimiento; o sea, contra la corriente»

de lo difícil que fue, porque, como muchos, estudiaba y trabajaba.

¿Ha trabajado o trabaja como docente? ¿Qué tipo de experiencias le ha deparado esa actividad?

Mi experiencia docente también empieza cuando era muy chica, a los diez u once años. El hijo de un compañero de trabajo de mi papá tenía que dar examen de matemática, castellano e inglés para ingresar al secundario y mi mamá ya no tenía turno, no podía darle clases a las once de la noche (tenía unos ciento cincuenta alumnos), y mi viejo no podía defraudar a su amigo; entonces, se le ocurrió que le diera clases yo y dijo: «Está todo el día jugando donde vos [mi mamá] enseñás, les corrige a los alumnos grandes, ¿cómo no va a poder enseñarle lo básico?». Y ahí fuimos. Me imagino que le enseñé bien, o lo necesario, porque ingresó.

Cuando empecé el secundario, mi madre seguía recibiendo alumnos y me preguntó si quería tomar algunos porque estaba desbordada. Así empecé la práctica docente formal. Mandaba alumnos a rendir examen a institutos, y todo funcionaba bien. Incluso una colega nuestra fue alumna mía más o menos por esa época. Llegué a tener unos veinte alumnos. Iba al colegio a la mañana y a la tarde estudiaba y enseñaba. Y los viernes y sábados iba a bailar hasta con fiebre. Era sagrado.

Cuando vine a vivir a Buenos Aires (soy de Saladillo), también tuve alumnos particulares de inglés, y ya en tercer año de la facultad me llegaron alumnos de traducción jurídica de universidades privadas. Seguí unos años más hasta que dejé de enseñar el idioma y me dediqué exclusivamente a

enseñar traducción y traducción jurídica. Al año siguiente de recibirme de traductora pública, empecé a enseñar en la USAL y posteriormente en la UBA, donde soy titular de Traducción Técnica. Durante unos años, tuve dos materias: Traducción I y II. Antes también había enseñado inglés en colegios primarios y secundarios, y lectocomprensión en la carrera de Psicología en la UBA. Formalicé la carrera docente en la UBA, donde obtuve el certificado en el año 2006.

La docencia de posgrado ha sido una experiencia muy gratificante no solo por la devolución de los alumnos en general, sino también porque me ha llevado a varios lugares de nuestro país y al extranjero. Tuve un curso en la maestría de la UBA, estuve a cargo de la especialización en la maestría en Traductología de Córdoba y presenté cursos y jornadas en Córdoba, Mendoza, Salta, Entre Ríos, Rosario, Santa Fe y Mar del Plata, y en Estados Unidos, México, Brasil, Uruguay y Perú. La diversidad de culturas y necesidades fue un gran maestro.

¿Cuándo se vinculó con el mundo laboral de la traducción?

Todavía no había jurado en la facultad cuando tuve la primera traducción pública, que llegó por un cartelito manuscrito que había puesto en un negocio cerca de mi casa. Le pedí a una exprofesora que me corrigiera y firmara la traducción porque yo no tenía matrícula. Después fueron llamándome colegas más grandes que yo, con años de experiencia, y fui consiguiendo clientes por recomendación. Nunca repartí currículos ni tarjetas; nunca supe muy bien cómo se hacía para conseguir trabajo porque fue llegando. Sueña pedante decir que no necesitaba hacerlo, pero era mi realidad. Una colega me presentó un cliente al que no podía seguir atendiendo

porque trabajaba en relación de dependencia, y ese cliente representó la primera experiencia importante en todo sentido: responsabilidad, relación comercial, cotización del trabajo, traducción para clientes extranjeros (de mi cliente); fue el despegue profesional. En cada trabajo dejaba la vida (sigo haciéndolo). Me lo tomaba con mucha seriedad; me pasaba días enteros en la biblioteca Lincoln, investigando (se trabajaba sin internet).

¿Cómo nació su interés en la traducción especializada? Tanto en lo jurídico como en lo científico y lo técnico.

Lo jurídico me gustó desde la facultad misma, así que tuve que seguir profundizando lo que había aprendido, pero ya tenía un gran camino hecho. Con lo científico la cosa fue distinta: cuando estaba en la facultad, empecé a trabajar como secretaria bilingüe en el Instituto de Oncología Roffo. En menos de un mes estaba traduciendo *papers* para publicar en revistas extranjeras. Aprendí traducción científica al lado de los científicos, los autores de los trabajos; entonces, fue bastante fácil porque traducía lo que veía, traducía una técnica de cultivo de tejidos después de haber visto todo el procedimiento, desde los animales en la jaula. Leía material original en castellano y en inglés, tenía a los científicos a mano para las dudas y aplicaba la práctica de traducción que aprendía en la facultad. La situación ideal.

¿Cómo fue su experiencia con la producción y escritura de sus libros *Traducciones de contratos*?

La idea surgió por necesidad cuando empecé a enseñar en la UBA. Me encontré con la ingrata sorpresa de que no había (o no llegué a conocer) material elaborado para enseñar y me puse a buscar frenéticamente. Junté

tantos documentos que de ahí a los dos primeros libros hubo un paso. Fue difícil pensar la organización de cada libro, desde la división temática hasta el diseño, para mostrar lo que quería y como quería. La primera etapa fue con editoriales, hasta que rescindí el contrato de edición y me aventuré a la edición de autor. La figura del intermediario entre el lector y yo era muy molesta, un obstáculo, un cúmulo de faltas de respeto. La experiencia fue difícil porque salí a conocer editoriales, a ver qué me pedía una editorial para hacer un libro, a buscar precio, etcétera. Aprendí muchísimo y los segundos libros representaron una dicha enorme, un triunfo sobre una realidad adversa. Al fin podría poner a mis libros el nombre que había pensado desde el principio y que la editorial no había aceptado por cuestiones comerciales. Al fin me sentía dueña de mi obra. Estoy orgullosa porque he aportado material valioso a la profesión. Tengo dos proyectos editoriales más, *Traducciones de contratos III* y otro, que por ahora no revelo, pero sin fecha firme porque depende del tiempo que tenga para trabajar. Como no me dedico exclusivamente a escribir, no puedo aventurar una fecha.

¿Cuándo y cómo se vinculó al CTPCBA?

Vinculada estuve siempre, desde que juré en la oficinita de Tucumán al 900, e inmediatamente hice el primer curso de posgrado, uno con Alicia Zorrilla, que en esa época no era doctora; y a los pocos años dicté el primer curso en la sede de Marcelo T. de Alvear (y casi me morí cuando entré al aula y me encontré con sesenta y cinco alumnos. No lo supe hasta ese momento). Dicté varios cursos, asistí a algunos, legalicé traducciones, presenté los libros en las Jornadas Profesionales en alguna Feria del Libro, publiqué

>> «Mi sueño es ver un colectivo traductor orgulloso, digno, respetuoso de su función social y en constante crecimiento; o sea, contra la corriente»

algún artículo en la revista y siempre tuve una relación profesional y cordial con el Colegio.

¿Qué la motivó a participar de la gestión del Colegio?

Las ganas de dar algo más al colectivo profesional, de poner la experiencia al servicio de la profesión, y del matriculado, por supuesto, a través de nuestra institución rectora. El marco institucional es necesario para lograr objetivos que no se logran individualmente en el ámbito público.

¿Cómo definiría al grupo de trabajo actual?

El Consejo Directivo es un grupo heterogéneo en todo sentido, y no siempre se llega a consensos unánimes en las decisiones. El diálogo y la comunicación son procesos complejos; a veces, fluyen y, otras veces, se estancan un poco. De cualquier modo, es muy interesante como experiencia, y creo que es la única forma de gestionar. La homogeneidad sirve para estar cómodo, pero no conlleva eficacia ni eficiencia porque la riqueza se logra a partir de distintas visiones de lo mismo. Yo nunca había estado en un cargo institucional y quería saber si podía hacer algo, como dije, para la profesión. He alcanzado algunos objetivos y he debido resignar otros porque no eran viables o no era el momento adecuado para llevarlos adelante. Pero alcanzar objetivos, a veces, es un camino burocrático y lento, o la respuesta que llega no es la esperada. La gestión con terceros depende de muchas variables, y pueden estar todas en contra de lo que el Colegio proponga o pretenda, aunque el Colegio no esté errado. La gestión tiene su encanto y sus decepciones, como la pareja, los hijos, la profesión. Todo lo importante, lo grande de la vida tiene dos facetas.

En la actualidad, trabaja en el Consejo Directivo del CTPCBA. ¿Qué funciones cumple?

Soy secretaria de Actas y Matrícula. Mis dos funciones principales y exclusivas, por cargo, son llevar las actas de las reuniones del Consejo Directivo y tomar juramento a los nuevos matriculados. También tengo otras funciones relacionadas con las comisiones a cargo, principalmente la de Honorarios, que presentó varias charlas de concientización y un encuentro nacional para reunir ideas, opiniones, realidades en torno a este tema común a todos. Un logro de esa comisión fue la publicación abierta (sin contraseña) de la planilla de aranceles y su actualización una vez por año al principio, y cada seis meses a partir del año pasado. En un contexto inflacionario no se puede actuar de otra manera, ya que es muy difícil cotizar por encima de lo que indica la planilla; por eso, el piso tiene que estar acorde a la realidad. Recuerdo que hace unos años empecé una movida para pedir al Consejo Directivo de entonces que actualizara los aranceles que databan de cinco años atrás; la carta fue firmada por unos setenta matriculados. Cuando ingresé al Consejo, lo primero que hice fue proponer ese tema. También tengo a cargo el BIC (Boletín Informativo del Consejo), cuyo propósito es dar a conocer el trabajo del Consejo Directivo que no trasciende o que pasa inadvertido porque no atañe a un grupo o espacio determinado.

Las juras son muy movilizadoras porque se da una situación particular, que es tomar juramento a exalumnos; es como abrirles la puerta a la profesión dos veces, con la primera materia de traducción en la facultad y con el juramento en el Colegio. Imagino que esta combinación simultánea de docencia y función institucional justo en este cargo no es

muy frecuente, y me siento afortunada por estar en este lugar.

¿Qué le diría a un joven que se inicia en esta profesión?

Que se forme, que estudie; que tenga la capacidad de decir «no», tanto cuando no puede como cuando no sabe; que no se deje «apretar» ni «apurar» por colegas ni otros clientes; que compita por calidad y no solo por precio, porque siempre habrá alguien que cobre menos, pero no siempre que sepa traducir mejor, en tiempo y forma. Que sea ético, que si alguna vez se dejó explotar, por necesidad o desconocimiento, no se convierta en explotador. Es difícil pensar así, porque uno aprende de los ejemplos que recibe, desde la cuna; y, cuando ha sido objeto de explotación, es grande la tentación de explotar al más débil cuando se presenta la ocasión. Si esto no cambia, la profesión como tal tiene un futuro incierto porque ya no vamos a poder vivir de ella. No todos somos explotables, pero muchos pretendemos vivir de nuestro trabajo.

¿Cuáles son sus sueños y proyectos, en lo personal y como parte fundamental del Colegio?

Mi sueño es ver un colectivo traductor orgulloso, digno, respetuoso de su función social y en constante crecimiento; o sea, contra la corriente. En una época de educación devaluada y valores en dudoso equilibrio, es importante proponerse metas superiores, aunque parezcan utópicas. Lo que hacemos hoy puede tener efectos dentro de muchos años. Si el traductor se respeta, «se la cree», podrá exigir respeto de la sociedad. El traductor debe tener pies de cemento para estar firme ante la adversidad y no dejarse vapulear, y tiene que luchar con inteligencia y honradez para defender lo que considera ético.

Entre los proyectos, por ahora puedo mencionar dos libros más, seguir traduciendo mientras

conserva la lucidez y la capacidad crítica, y continuar enseñando hasta que me jubile; también, aportar a la profesión a través del Colegio en la medida posible y necesaria, y a través del trabajo individual privado, como siempre lo he hecho.

El otro sueño es envejecer en el seno de mi familia, que me da la posibilidad de vivir el amor incondicional. Mis hijos están encaminados, y parecería que son felices, y con mi marido llevo adelante un amor profundo, respeto y cuidado mutuo.

Para finalizar, háganos de su vida personal. ¿Cómo está compuesta su familia, a qué se dedican? ¿Cuáles son sus gustos, a qué dedica su tiempo fuera del mundo de la traducción?

Estoy casada hace treinta y un años, y tengo una hija y un hijo, de veintiocho y veinticuatro años, que estudian en la UBA: diseño gráfico mi hija e ingeniería electrónica mi hijo. Tengo tres gatas que son los peluches vivientes de la familia. Necesito música en mi vida y, por suerte, mi casa es musical. Mi hijo toca instrumentos y canta, la novia canta, el novio de mi hija tiene una carrera universitaria en música y toca instrumentos, y yo canto, de manera que siempre suena algo, a toda hora, y es un verdadero placer vivir con música. Trabajo escuchando música. Me gusta mucho el cine, y me gusta la lectura; tengo dos pilas altas de libros en la mesa de luz, que voy consumiendo de a poco. Cuando veo algún libro interesante, lo compro, independientemente de que tenga tiempo para leerlo en ese momento. No me guío por lo que está de moda, sino por lo que me atrae, tanto por tema como por autor. Y me gusta traducir; trabajar no es un esfuerzo. Me doy cuenta de que es trabajo porque tengo una fecha de entrega, no porque sea una traducción. Disfruto de este arte, lo gozo muchísimo. ■